

[Abdón Espinosa Valderrama](#)

Implicaciones de la emergencia energética

El sistema eléctrico de interconexión nacional, pacientemente construido, es más vulnerable a las adversidades de lo que se suponía.

5:22 p.m. | 9 de marzo de 2016

En medio de tantas discordias y riñas políticas, la emergencia energética sorprendió a un país en esta materia desprevenido, hasta cuando la renuncia súbita del ministro del ramo, Tomás González, vino a dimensionarla y dramatizarla, declarándose culpable de no haber previsto su gravedad, ni tomado, planteado o sugerido las medidas indispensables para ver de sortearla. La dimisión del alto funcionario cumplió el objetivo de facilitar criterios más realistas y operantes para el manejo específico de las dificultades.

Pero váyase a saber si su retiro intempestivo obedeció a esta causa o lo determinó más la investigación abierta por el Procurador General de la Nación sobre su injerencia o responsabilidad en los contratos de asesoría, por elevadísima cuantía, de la empresa de su familia Connecta S.A.S., que él fundara, con organismos estatales de elevada jerarquía. Sea lo que fuere, convendrá esperar las conclusiones de esta indagación preliminar, pero cualesquiera ellas sean, su sola existencia deja muy mal sabor del funcionamiento de los entes públicos en zonas presuntamente refractarias a tales anomalías.

En general, el país abrió al fin los ojos a la emergencia energética y el Presidente de la República asumió personalmente su manejo. No había tal que Colombia fuera inmune a esta clase de desventuras. A incrementar la intensidad y extensión de las repercusiones del fenómeno climático del Niño sobrevivieron los desastres de la central hidroeléctrica de Guatapé, en Antioquia, y de Termoflores, en Atlántico. El sistema eléctrico de interconexión nacional, pacientemente construido, era más vulnerable a las adversidades de lo que se suponía. Al menos cuando se trataba de vender Isagén y se menospreciaba su función de incrementar la dotación de energía eléctrica de Colombia.

Las prioridades suelen variar al vaivén de las circunstancias. Lo importante es no perder el norte del desarrollo y no sacrificar los medios e instrumentos adecuados por atenerse al afán del día. ¿Cuál el de la hora presente? Sin duda, la provisión adecuada de electricidad, junto con el deber de prevenir crisis traumáticas e incluso racionamientos forzados e inflexibles.

Todo concurre a reafirmar que el Gobierno y personalmente el jefe del Estado se han empeñado en disminuir los consumos invocando la cooperación de los usuarios y la opinión pública, en la esperanza de que sean suficientes para sortear el temporal. Ojalá sea así. No sin que se hagan esfuerzos supremos por preservar y, en lo posible, aumentar la oferta.

La presente emergencia demuestra que no se puede relegar a un determinado sector productivo por favorecer a otro. Las urgencias saltan donde menos se espera. Hasta ayer no más se consideró al energético sobrado de recursos y posibilidades. Los problemas de

escasez larvada se iban acumulando, tras la fachada de abundancia. En peligro de racionamiento eléctrico hemos estado y seguimos estándolo por la deficiencia e inelasticidad de las plantas térmicas para contrarrestar las mermas de los embalses de las hidroeléctricas.

Claro que los medios de transporte terrestre son de primerísima necesidad y que adolecen de melancólico retraso, pese al brío y a la disponibilidad de recursos nacionales e internacionales para su ejecución en el pasado. Váyase a saber cuándo se interrumpió este ritmo y cuándo las concepciones y trazados se tornaron obsoletos. Hasta el punto de quedarse a la zaga las especificaciones de carreteras y autopistas colombianas. Falta ver si fue por saqueos y latrocinios en el sector público, como en el caso de Bogotá, o por la obstrucción de rencillas paralizantes en su seno. No vaya a ser este el destino del producto de la venta de Isagén.